

*Un ejemplo de conjunto
histórico-arquitectónico en liquidación.
El sistema de fortificaciones españolas
en Orán (1504-1791)*

JUAN BAUTISTA VILAR

Universidad de Murcia

MÍKEL DE EPALZA

Universidad de Alicante

PLANTEAMIENTO

El complejo histórico-arquitectónico español de Orán-Mazalquivir, testimonio de trescientos años de presencia de España en la actual Argelia occidental, y que todavía hoy imprime sus rasgos más característicos al paisaje urbano oranés, es sin lugar a dudas el más estable del norte de África, junto a los de Melilla y Ceuta, a los que sobrepasa en magnitud e iguala en interés e importancia.

Constituye una referencia excelente para el conocimiento de la evolución de la arquitectura e ingeniería militar en la España moderna, y se conserva incólume en varios de sus elementos más representativos (castillos de Mazalquivir, Santa Cruz, Rosalcázar), acaso porque han sido mantenidos en servicio hasta el momento presente. Sin embargo, otros de sus componentes que han llegado hasta nosotros (primitiva ciudad española con sus casas blasonadas, laberínticas calles y recoletas plazas, entre las cuales la plaza Mayor, cuarteles setecentistas del puerto, castillo de San Felipe) amenazan inminente ruina, devorados por una ciudad en plena expansión demográfica y en proceso de industrialización, de forma que si

no se pone pronto remedio, restaurándolos ahora que todavía es tiempo, desaparecerán inexorablemente en breve plazo.

Su restauración debe ser tarea conjunta de España y Argelia, y algunos pasos vienen dándose en tal dirección, habiendo resultado ser útiles instrumentos de apoyo en tan loable empeño el repertorio de 497 mapas y planos que con el título *Plans et cartes hispaniques de l'Argèrie, XVIe.-XVIIe. siècles*, publicamos conjuntamente en 1988 en el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (Ministerio de Asuntos Exteriores), punto de arranque de una serie cartográfica, integrada hasta el momento por tres volúmenes sobre Argelia, Túnez y Marruecos.

Con esta comunicación pretendemos atraer una vez más la atención sobre el tema, propiciando el rescate de la que es sin duda parte emergente del afortunadamente todavía rico conjunto monumental hispánico en el norte de África. Unos monumentos que si bien a menudo son mudo testimonio de un pasado agresivo, hoy lo son del patrimonio histórico-artístico magrebí, y que por tanto gozan en Argelia de igual consideración que las ruinas púnicas y romanas, o que los monumentos árabes en España. Merecen ser estudiados, restaurados y conservados.

MAZALQUIVIR, BALUARTE INEXPUGNABLE Y BASE NAVAL

En las inmediaciones de Orán existe un magnífico puerto natural, Mazalquivir, resguardado por un promontorio de 900 metros de longitud, 200 de ancho y 320 de altitud, estribación de un monte próximo. Sobre el mismo construyeron los españoles una ciudadela inexpugnable, adaptada perfectamente a los accidentes del terreno, de forma que sus gruesos muros caían a pico sobre el mar.

Los antecedentes prehispánicos del castillo de Mazalquivir son hoy bien conocidos. Cisneros —apunta González de Torres en su crónica (1)—, “se formó idea de una y otra fortaleza, Orán y Mazalquivir, descubriendo en ellas con puntualidad geográfica todas sus dimensiones, entradas, salidas, puertas, torres, castillos, campos, eminencias, costas, ensenadas, bahías,

sin perdonar las más mínima circunstancia que pudiese conducir al comprensivo conocimiento de la situación de una y otra plaza”.

Tal como quedó en la segunda mitad del XVI, el castillo era un rectángulo irregular de 201.850 pies cuadrados, aparte los bastiones y el baluarte triangular adosado a uno de sus extremos. Los bastiones llevaban los nombres de Santiago, San Felipe, San Juan y la Cruz. El castillo dominaba el puerto y el mar exterior. En tiempos del emperador fueron remozadas las baterías. Hacia 1564 aparece artillado con culebrinas, pelícanos y pedreros. Veintidós piezas en total, procedentes de la fundición “Vieja” y de la de don Juan Manrique (2), sin duda Juan Manrique de Lara, conocido fundidor de cañones y antiguo jefe artillero al servicio de Carlos V.

Mazalquivir se mostraba en conjunto como alarde formidable de ingeniería militar, esculpida en parte en la roca viva. Sus mejores fortificaciones datan del reinado de Felipe II, siendo rigurosamente contemporáneas de las grandes obras de fortificación emprendidas durante este reinado en Flandes, Portugal, España, Italia e Indias, y que culminaron con las realizadas en Cartagena, apenas a 40 leguas de Mazalquivir, cuyo sistema defensivo recuerda bastante al oranés.

La formidable ciudadela norteafricana nunca pudo ser abatida. Ni siquiera con ocasión del cerco pertinaz y durísimo a que durante meses la sometió en 1563 por mar y tierra Hassan Dey, en el curso del cual los defensores rechazaron once mortíferos asaltos, habiendo de retirarse finalmente los atacantes después de sufrir importantes pérdidas (3). Un testimonio ocular (4) atribuirá la victoria, tanto a la elevada moral de combate de los defensores como a las formidables defensas de la plaza: “... la artillería y los bastiones han hecho mucho daño (...), de lo qual están muy espantados los turcos y moros”.

Ese éxito movió al rey de España a mejorar todavía más una fortaleza a todas luces inexpugnable. Uno de los mejores ingenieros militares del momento, Juan Bautista Antonelli, fue destacado en la plaza con tal misión. Sabemos que llegó acompañado de su hermano Bautista, luego también famoso ingeniero, que por entonces iniciaba su carrera.

Felipe II en carga a don García de Toledo, virrey de Sicilia, fechada en Madrid en 5 de julio de 1564, le previene que en su viaje de regreso a España desde tierras africanas no llevara consigo a Antonelli, ocupado a la sazón en la fortificación de Mazalquivir, "... pues es de más interés su presencia allí" (5). De su mano son, sin duda, los magníficos planos incluidos en mi ya mencionado repertorio cartográfico con el Dr. Epalza, procedentes del madrileño archivo-biblioteca de la Universidad Complutense. Los demás ingenieros de la familia Antonelli pasaron después por Mazalquivir y Orán.

La cabecera de la fortaleza fue ampliada por Bautista y Cristóbal Antonelli, de acuerdo con los planos de Juan Bautista, con una explanada de 137 pies de longitud, rematada con baluarte triangular de magnas dimensiones, provisto de grueso muro de 39,5 pies de espesor, en cuya base se abre un foso que cubre un contorno de 560. A los pies del castillo otro baluarte, el Calvario, de 600x300 se cerraba en afilado espolón. En este sector de la fortaleza, el más resguardado, fueron levantados la "casa del rey" o residencia del gobernador, cuarteles, patios de armas, numerosos aljibes, caballeros para baterías y otras instalaciones auxiliares.

Mazalquivir no sufrió variaciones sustantivas después de 1600. Un siglo más tarde, en 1737, la plaza es descrita (6) con trazos no exentos de resonancias poéticas: "Desde Orán, caminando por la puerta de Mallorca azia el Poniente, a distancia de una legua entre el Castillo de San Gregorio y la Hermita de Nuestra Señora del Carmen, se encuentra la bahía o gran puerto de Mazalquivir (llamados de otros Almarza), capacíssimo de muchas naves, y a quien abriga su incontrastable castillo, levantado sobre vivas peñas, tan inmuebles al perpetuo golpeo de las aguas, que en la nunca abandonada porfía de sus embates, hace más glorioso el invicto sufrimiento de las rocas".

De la capacidad de la ciudadela da idea el hecho que, antes de ser emprendidas las importantes obras de ampliación encomendadas a los Antonelli, podía albergar 3.000 hombres, guarnición que le fue asignada en virtud de capitulación suscrita en 24 de agosto de 1509 por Fernando el Católico con el alcaide de los Donceles. La guarnición incluía 130 jefes y oficiales, 50 marinos, 30 clérigos, físicos y cirujanos, 250 espingarderos, 450 ballesteros, y 1.340 lanceros y piqueros con otra tropa diversa.

Se agrupaban en compañías de 200 hombres con sus oficiales, alféreces, pífanos y tambores. El armamento —lanzas, picas, ballestas, espingardas, coseletes y armaduras— procedía del depósito de Málaga. Fueron asignadas 22.937.300 maravedises para el pago de la gente y demás gastos de casa y plato. De esa suma 250.000 mrs. correspondían al alcaide, don Diego Fernández de Córdova, en concepto de retribución por el cargo y en atención a sus servicios a la Corona “... yendo a las partes de África (...), donde tomó y ganó la villa y fortaleza de Mazalquivir, que es uno de los más provechosos y seguros puertos para poder hacer guerras a los infieles de aquellas partes, con gran trabajo de su persona y pérdida de parientes, criados y hacienda” (7).

Durante la segunda ocupación española a partir de 1732 se hicieron algunas obras de acondicionamiento y redistribución pero sin alterar en lo fundamental la estructura general de la fortaleza. Sabemos que en 1735 Francisco de Arauna y Mellea, conocido experto en fortificaciones, dirigió obras en Mazalquivir. En 1742 trabajaba allí el ingeniero Antonio de Gaver, de cuya mano se conserva un proyecto de reforma (8) ideado para reforzar sus defensas por el lado que mira a tierra.

En años posteriores se detecta el paso por la plaza de don José Muñoz, responsable de las fortificaciones realizadas en Ceuta entre 1745 y 1748 (9), y que en 1750 trabajó en los baluartes de Orán y su castillo de San Andrés (10). Dos años más tarde le hallamos en Mazalquivir, ocupado en colocar un potente faro (11) en el murallón que da al mar abierto, y en realizar obras de restauración, acondicionamiento y transformación (12). Dos años después —1775— encontramos en funciones similares al también ingeniero Manuel Sánchez (13), lo que evidencia que la plaza fue mantenida en todo momento en perfecto estado de defensa.

SISTEMA DEFENSIVO DE ORÁN EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Tan pronto los españoles pusieron el pie en Orán en 1509 se apresuraron a dotarla de seguras fortificaciones, necesarias en mitad de un país

hostil. Las antiguas resultaban a todas luces insuficientes. No pasaban de ser una débil tapia de mampostería salteada con varios torreones. Orán como Tremecén eran ciudades prácticamente abiertas. En toda la Argelia occidental sólo Mostaganem poseía una fuerte muralla pétreo que ni siquiera el conde de Alcaudete pudo expugnar durante sus avasalladoras campañas de 1542 y 1543 por faltarle la artillería adecuada (14).

Conscientes de la necesidad de mejorar las fortificaciones de Orán, los sucesivos gobernadores idearon un circuito defensivo, configurado en tres etapas con objetivos diferentes. Fortificación de la ciudad y el puerto inmediato; asegurar las comunicaciones entre ambos en función del abastecimiento por mar, y reforzamiento del dispositivo de seguridad de la plaza mediante un sistema de minas, parapetos y fuertes exteriores.

Se trataba ante todo de impedir al enemigo el acceso directo a la plaza en sus frecuentes incursiones. Caso de ser roto el glacis exterior por los atacantes, quedarían entre dos fuegos. Al propio tiempo se pretendía poner a cubierto de las depredaciones cabileñas los regadíos de Orán, que habían terminado por proporcionar a la ciudad una cierta autonomía en cuanto a su avituallamiento de productos hortícolas, ya que no de cereales y demás subsistencias básicas, traídas del exterior. Pero, ante todo, interesaba disminuir el riesgo de un corte en el suministro del agua procedente de los manantiales próximos.

La ciudad aparecía circunvalada de una gruesa muralla de trazado irregular, mediante cortinas y bastiones poco pronunciados, adaptados a una planta general ovalada. La muralla fue levantada durante el mandato de los dos primeros gobernadores, el marqués de Comares y su hijo don Luis de Córdoba, aprovechando elementos de la anterior fortificación. Cuando en 1534, por renuncia de éste, se hizo cargo de la gobernación el belicoso conde de Alcaudete, se realizaron reformas de importancia en la muralla y baluartes exteriores, que pasaron a contar con doble recinto en previsión de que la cortina exterior pudiera ser abatida por la artillería enemiga. Entre ambos lienzos existía una corredera, por cuyo centro discurría un hondo foso, trampa mortal para los posibles atacantes en el caso de haber logrado sobrepasar las líneas exteriores (15). Los Antonelli mejoraron ese dispositivo a partir de 1564.

En el flanco sur, el más vulnerable, frente a la ladera de la meseta, se situaba la alcazaba o ciudadela. Tres puertas franqueaban el acceso a la urbe. Las de Canastel y Tremeccén, situadas al E., abrían la ciudad a la campiña, en tanto la de Mallorca indicaba el camino que conducía al mar y a Mazalquivir.

La famosa puerta de Canastel, tan celebrada por Góngora y otros escritores españoles del siglo de Oro, era la principal de la ciudad. Apuntaba hacia Canastel, Mostaganem y Argel. La de Tremeccén, en el sector de la alcazaba, presidía las revistas de tropas y era utilizada por las expediciones dirigidas al interior: Por ejemplo, la de Floresdávila en 1632 contra los cabileños benarrajes "... como es costumbre salió por la puerta de Tremeccén" (16). La de Mallorca parece posterior.

Entre 1509 y 1525 Orán contó con una batería de 50 artilleros mandada por un capitán. Aparte las 60 piezas de artillería capturadas por los españoles en la plaza, quedaron en ella los seis falconetes utilizados por Vera para abrir brecha en las líneas argelinas en el momento de la conquista. Luego llegaron piezas de diferentes tipos, casi todas procedentes de la fundición de Manrique. Por entonces Bugía poseía iguales efectivos artilleros, en tanto el Peñón de Argel y Melilla sólo una batería atendida por una sección de 20 hombres en cada caso (17). Después de 1525 permanecen esos efectivos sin cambios sustantivos hasta el final del reinado de Carlos V (18). Con Felipe II experimentan un cierto incremento, pero se presta mayor atención al artillamiento de Mazalquivir que al de Orán y sus castillos.

El perímetro defensivo exterior queda configurado ya en el siglo XVI con cinco castillos. La formidable fortaleza de Santa Cruz, en lo alto de un risco inaccesible, extenderá su sombra protectora sobre toda la comarca. Desde ella se domina, aún hoy, la ciudad y su campiña, un dilatado sector del litoral, el puerto de Mazalquivir y el brazo de mar comprendido entre la costa argelina y las proximidades de Cartagena.

En sentido opuesto a Santa Cruz, en el flanco de la meseta que mira hacia el E., se encuentra el castillo de San Felipe, fundamental para proteger los accesos de Orán desde tierra. El espacio comprendido entre San Felipe y el mar era controlado mediante el pequeño pero estratégico castillo de San Andrés, que dominaba el camino de Tremeccén, y con el de

Rosalcázar (el Château Neuf de la época francesa y así llamado hoy), enorme perímetro fortificado, cuya configuración definitiva se debe a Bautista Antonelli, que trabajó allí durante algún tiempo.

Antonelli retocó la estructura primitiva (19), ampliada con el baluarte Nuevo y amplia explanada fortificada (20) que, de un lado, cerraba el acceso a la huerta, pegándose los muros del baluarte "... a la acequia que le circunda", de forma que entre Rosalcázar y la muralla de la ciudad quedaba sólo un estrecho paso. Por allí discurría una acequia que, alimentada por un arroyo nacido de la fuente de Arriba, al pie de San Felipe, describía una curva frente a las puertas de Canastel y Tremecén para fecundar los regadíos de la localidad. El muro de la explanada contigua al baluarte Nuevo llegaba hasta el mar. El paso por este lado quedaba completamente bloqueado.

Una última fortificación de primer orden era el castillo de San Gregorio. Protegía la ciudad por poniente y dominaba las comunicaciones con Mazalquivir.

El glacis se completaba con diferentes atalayas o torres de vigilancia, avanzadillas de cara al exterior, nexos entre los castillos y entre estos y la ciudad. En primer lugar cabe mencionar la torre de Madrigal, entre San Andrés y Rosalcázar, y la de los Santos —o del Santo—, en unos altos junto a Mazalquivir, que enlazaba con Santa Cruz a través de otra torre conocida como la Atalaya. Eran las de emplazamiento más estratégico.

La de Madrigal es bien conocida en sus detalles (21). No así la de los Santos, en la que a mediados del siglo XVI se hallaba situado un pequeño destacamento de 22 hombres. Los suficientes para que con su resistencia —y sacrificio— dieran lugar a que Mazalquivir no fuera tomado por sorpresa durante la ofensiva argelina de 1563 (22). Las fuentes de mediados del XVI aportan alguna información (23) sobre el castillo de la Roqueta, sin duda próximo a Santa Cruz, si es que no es un precedente suyo. Pudiera tratarse también del fortín conocido luego como la Atalaya, cuyos planos no se conservan. Por último, la Torregorda (24), entre San Felipe y Madrigal, es un anticipo del castillo de San Andrés.

En la construcción de las mejores fortificaciones de Orán, así como en el caso de la península Ibérica, corresponde un papel nuclear al príncipe

Vespasiano Gonzaga, comisionado por Felipe II para coordinar la empresa, y a los hermanos Antonelli, responsables de su ejecución.

Por los años de 1570 Gonzaga cursó inspección a los enclaves españoles de Argelia para examinar el estado de sus fortificaciones. En su informe recomendó la evacuación de Orán, cuyo mantenimiento estimaba costoso en demasía, y la permanencia en Mazalquivir, cuyo castillo debería ser ampliado (25). Madrid optó por al conservación de ambas plazas, una vez examinados otros informes coetáneos. Por ejemplo, el de Sancho de Leyva —1576— que, aún insistiendo en la prioridad de Mazalquivir, recomendaba la retención de los dos enclaves (26).

Habiéndosele encomendado más tarde a Gonzaga el gobierno de Orán, desarrolló un vasto plan de construcciones militares basado en el trazado del perímetro defensivo exterior tal como ha sido descrito más arriba. Su obra fue completada por el gobernador don Pedro Padilla. Es seguro (27) que, bajo mandato de éste, en 1589, fueron concluidas las obras del castillo de San Gregorio.

Al término del reinado del segundo de los Felipes, Orán–Mazalquivir se había convertido en una de las piezas clave del sistema militar español en el Mediterráneo occidental. Por doquier se menciona con admiración sus formidables defensas. El veneciano Giovanni Botero, por ejemplo, celebrará el lugar como “*fortezza d'importanza*” (28).

Las obras realizadas en el XVI por lo general no fueron más allá de lo necesario para la conservación y mantenimiento de los edificios y construcciones legados por la centuria precedente. Así en el caso de los ejecutados por mandato del marqués de los Vélez, gobernador de la plaza, de las cuales se conservan diferentes inscripciones alusivas.

Entre los ingenieros que trabajaron en Orán en esa época cabe destacar a Pedro Maurel. A su cargo estuvieron las reparaciones y reformas realizadas en Santa Cruz, Rosalcázar y San Felipe en 1675 (29). Posiblemente sea también de su mano un proyecto de ampliación del castillo de San Andrés, de igual fecha (30). Tres años más tarde localizamos a Maurel trabajando en la reconstrucción del fuerte de Trinca–Botijas en Cartagena.

TRANSFORMACIÓN DE LAS DEFENSAS ORANESAS EN EL SIGLO XVIII.
EL CUÁDRUPLE CIRCUITO

La función defensiva prevaleció en las construcciones castrenses europeas hasta finales del siglo XVII por imposición de los grandes maestros de la ingeniería italo-española. En la centuria siguiente se abren paso nuevas ideas en el terreno de la ingeniería militar bajo el impacto de las enseñanzas de diferentes teóricos del arte de la guerra, franceses y alemanes principalmente. Pero también españoles. Como don Félix de Prósperi, cuyo sistema de fortificación, basado en el principio de apoyo mutuo entre las diferentes partes de una estructura, fue dado a conocer en México con notable éxito en 1745.

Guibert, por ejemplo, estimará que las fortificaciones heredadas del pasado resultaban inútiles. Alegaba la creciente capacidad destructiva de la artillería y los efectos de la campaña relámpago, puesta de moda por Federico el Grande, que con considerable economía de tiempo y recursos permitía tomar centros neurálgicos urbanos de primer orden con sólo romper en un punto sus líneas fortificadas.

Ahora bien, es cierto que la artillería gana en ligereza y precisión, y su uso se intensifica, pero los cambios revolucionarios en este arma —sustitución del bronce por el acero, amortiguación del retroceso, operación de carga por detrás— no llegarán hasta la centuria siguiente. De otro lado, se emplea tanto con fines defensivos como ofensivos y es utilizada cada vez más en el orden de batalla y no en abatir fortalezas, funciones ambas de las que se acertaría a extraer todas sus posibilidades hasta la aparición de Bonaparte.

De otro lado el propio Guibert aceptaba las fortificaciones como imprescindibles, siquiera para asegurar arsenales y cabezas de puente. ¿Y qué otra cosa era el enclave de Orán? En cualquier caso las condiciones topográficas de la plaza y el permanente estado de guerra en que vivía hacia necesaria su fortificación, que debería hacerse de acuerdo con la normativa señalada para el caso por el táctico Bourcet. Según éste, tanto como para asegurar la defensa de la plaza interesaba coger al enemigo

infiltrado entre dos fuegos mediante una compleja red de apostaderos, túneles, minas y fortines extramuros.

No parece que los argelinos introdujeran cambios sustantivos en la ciudad, puerto y castillos de Orán y Mazalquivir durante el paréntesis de un cuarto de siglo en que fueron dueños de la comarca entre 1708 y 1732. “Orán —se dice en cierta relación española de ese último año (31)—... consiste en un recinto circunvalado de Murallas con su Alcazava fortificada, que es una especie de Ciudadela, y como Fuertes o Castillos colocados en las alturas inmediatas, y entre ellos el de Santa Cruz inexpugnable, y cubre su puerto o celebrada bahía de Mazalquivir el Castillo que le da el nombre, cuya situación abierta en roca no sujeta a ser batida ni minada, hace más estimable la restauración de estas Fortalezas...”.

Otra relación coetánea (32) se muestra más precisa. “Esta Ciudad, que en otro tiempo hizo por sí sola su defensa, de dos siglos a esta parte ha ido quedando bloqueada con cinco castillos, que formando media luna, la destacan del país, y la confían toda al mar. Pues empezando Rosalcázar sobre la playa de Levante, continúan cubriendo San Andrés y San Phelipe las avenidas de la campiña, y este último el nacimiento del agua. Prosiguen después San Gregorio y Santa Cruz, puestos en la alta inaccesible montaña, que sirve de espaldar a la silla en que Orán tiene su asiento, bañando las rocas, que son pedestal o basa de esta eminente altura, el mar de Poniente, hazia donde doblgando la punta que haze este monte, a una legua se descubre el Puerto magno, o Mazalquivir”. En efecto, en un croquis del enclave (33), realizado durante la fase de dominación argelina, se sitúan sólo Orán, Mazalquivir y los cinco castillos.

A partir de 1732 los españoles abordaron un ambicioso plan de reconstrucciones y ampliaciones de murallas, minas y baluartes, cuya primera etapa se cubrió bajo la dirección del mariscal Alejandro de La Motte, uno de los primeros gobernadores después de la reconquista del enclave. Una inscripción conmemorativa (34), fechada en 1743, celebra a ese personaje como restaurador en su prístina grandeza de las fortificaciones de la plaza. Pero será don José Vallejo, y luego los gobernadores de la segunda mitad del siglo, quienes doten a Orán y sus defensas de máxima solidez y monumentalidad.

El sistema defensivo oranés queda configurado en un cuádruple circuito que, de dentro afuera, puede resumirse en el siguiente cuadro.

SISTEMA DEFENSIVO DE ORAN EN EL SIGLO XVIII

Primer circuito:	Muralla de la ciudad con sus bastiones, cortinas y alcazaba.
Segundo circuito:	Castillos de San Felipe, San Andrés, Rosalcázar, Santa Cruz, San Gregorio y Mazalquivir.
Tercer circuito:	Fuertes de San Miguel, Santa Ana, San Luis, Santa Teresa, San Carlos, San Fernando, Nacimiento, San Pedro y Santiago.
Cuarto circuito:	Cordón periférico de torres de defensa y apostaderos de fusileros.
Conexión de circuitos:	Red de túneles y minas asegurados por los fuertes de San José, San Nicolás y San Antonio, fortines de Torregorda y Santa Bárbara, murallón de la Barrera y batería de la Mola.

Los circuitos tercero y cuarto surgen en el siglo XVIII. Los antiguos castillos, por su parte, fueron remozados y ampliados. La muralla de la ciudad no parece, por el contrario, que experimentase cambios notables. Ante la alternativa de ampliarla o construir un arrabal extramuros, se optó por la segunda solución.

Nueve fuertes circunvalan el enclave proyectando los castillos hacia el campo abierto (35). San Miguel es una avanzadilla de Rosalcázar que se adentra en la campiña oranesa a modo de punta de flecha. Igual función tienen Santa Ana y Santa Teresa, pero junto a la costa. Lo mismo cabe decir de San Luis y San Carlos respecto a San Andrés y San Felipe. Los fuertes de San Fernando y Nacimiento protegen los flancos de la ciudad y la huerta frente a la meseta. Por último San Pedro y Santiago cubren la campiña existente entre Orán y Santa Cruz (36).

Los puntos importantes aparecen unidos mediante una barrera. Estos a su vez a la plaza desde San Andrés mediante los fuertes interiores de San

José, San Nicolás y San Antonio, que configuran una línea de defensa interior entre San Andrés y la ciudad. Puntos de apoyo próximo eran los fortines de Torregorda y Santa Bárbara, en realidad parte de la línea defensiva —“la Barrera”— trazada entre Rosalcázar y San Andrés. Como puede verse, este último castillo, que en cuanto a antigüedad y dimensiones era el benjamín en las defensas de la plaza bajo los Habsburgo, en el XVIII se convierte en eje del complejo sistema defensivo oranés.

Una red de túneles, minas y sótanos horadaba varios kilómetros cuadrados de subsuelo. Comunicaba los puntos cruciales de las defensas de la plaza, proyectándose hasta las torres de defensa más avanzadas y hasta los apostaderos de fusileros situados en la periferia. El sistema de comunicaciones subterráneas recibió un impulso decisivo en 1775 en que don Pedro Martín Zermeño, siendo comandante general de la plaza, mandó abrir gigantescos túneles de comunicación entre Orán, San Gregorio, Santa Cruz y Santiago “... para su defensa y socorro” (37).

La explosión fortuita del polvorín de San Andrés en 4 de mayo de 1769, y el pavoroso incendio que se declaró a continuación, destruyó ese castillo de forma casi instantánea (38). Ni que decir tiene que la importancia de la fortaleza como nudo neurálgico de las defensas oranesas por el lado de la tierra determinó su inmediata reconstrucción tan pronto como llegó a Madrid la relación de los daños sufridos y el presupuesto de reedificación (39) remitidos por el gobernador conde de Boliños.

Empresa de no inferior envergadura fue la red de fuertes y corredizos subterráneos, labor de varias generaciones. Singular espectacularidad revistió el corte practicado entre la meseta y el empinado monte sobre el que se alza el castillo de Santa Cruz. Realizado en una garganta situada en aquel paraje, se pretendía de un lado aislar por completo el castillo, pero sobre todo provocar una fisura tal que imposibilitase el acceso de la caballería y artillería argelinas por aquel lado.

La idea de la cortadura parece anterior al siglo XVIII pero no fue realizada hasta el mandato del gobernador Eugenio Alvarado (40). Por un notable plano conservado en Simancas (41) sabemos que en 1771 era una oquedad de perfil rectangular, 25 varas castellanas de ancho por 7 de profundidad.

En años posteriores se fue ahondando el foso mediante voladuras y el trabajo de presidiarios y soldados. Hacia 1790 ofrecía su aspecto actual.

Casi todos los ingenieros militares españoles, o al servicio de España, que trabajaron en la Península y América en el siglo XVIII pasaron por Orán (42). Lejos de nuestro ánimo pretender ofrecer aquí una reseña exhaustiva de sus trabajos, pero al menos presentaremos una relación nominal completa.

INGENIEROS MILITARES QUE TRABAJARON EN ORÁN-MAZALQUIVIR. SIGLO XVIII

Nombre	Cronología	Actividad
Arauna y Mallea, Francisco de	1735	Fortaleza de Mazalquivir
Aymer, Ricardo	1783. 1784. 1780	Plaza, alcazaba, almacenes y academia de matemáticas, en Orán
Ballester y Zafra, Juan	1734. 1736. 1737	Castillos, fuertes y hospital de Orán
Bordick, Diego de	1736	Plaza de Orán
Dufresne, José	1769	Castillo de San Andrés, Orán
Gaver, Antonio de	1741. 1743. 1745	Ciudad, cuartel de caballería, castillo de San Andrés, fuertes
González Dávila	1771	Plaza de Orán
Guasca Melgar, Juan de	1789	Monasterio de Santo Domingo el Real, Orán
Hontabat, Arnaldo de	1770	Plaza de Orán
Hurtado, Antonio	1790	Plaza de Orán
Mac-Evan, Juan Bautista	1738. 1739	Muelle y ciudad de Orán
Masdeu	1775	Fuerte de San Carlos
Montaigu de la Pereille, Antonio	1732. 1733	Castillos de Santa Cruz, San Felipe y San Gregorio
Nebas, Pascual	1733	Plaza de Orán
Rado, Joaquín	1740	Plaza de Orán
Sánchez, Manuel	1775	Fortaleza de Mazalquivir
Santiesteban, Manuel	1745	Cuartel de Caballería, Orán
Tenreiro, Thomas	1772	Fuertes de San Carlos y San Miguel, Orán
Verboom, Jorge Próspero, marqués de	1732	Plaza de Orán
Zermeño, Juan Martín	1771	Plaza de Orán

La serie es abierta por el marqués de Verboom, conocido ingeniero flamenco al servicio de España, enviado a Orán tan pronto la plaza fue ocupada en 1732. Aquí se afanó en trabajos de acondicionamiento de la ciudad, el puerto y sus castillos (43). La labor realizada coronó con máxima dignidad treinta años de actividad profesional, desde que en 1700 se ocupase en la fortificación de Gibraltar. Verboom realizó después importantes trabajos en los puertos de Málaga y Cádiz, en esta última ciudad, en la bahía de Jagua e isla de Cuba, en Pamplona y, sobre todo, en el puerto, ciudadela y fortificaciones de Barcelona (44).

Contemporáneo de Verboom es don Juan Ballester y Zafra que permaneció en Orán varios años. Entre 1734 y 1737 realizó una intensa labor, muy bien datada (45), consistente en la ampliación y mejora de los castillos de Santa Cruz, San Felipe, San Andrés y San Gregorio, trazado y construcción de los fuertes de Santa Bárbara, San Carlos, Santiago y San Pedro, y edificación del hospital de Orán. En años posteriores el infatigable Ballester se ocupó en el acondicionamiento y restauración de los puertos y defensas de Mallorca e Ibiza, aparte de dejar importantes obras de ingeniería militar en Madrid y Pamplona.

Trabajaron en el enclave oranés por la misma época Diego de Bordick, a quien en 1736 le fueron confiados diferentes encargos en la plaza (46), después de haber alcanzado merecida reputación por sus trabajos de fortificación en el campo de Gibraltar y, sobre todo, por su intervención en las obras de la sevillana Fábrica de Tabacos, edificio magnífico y suntuoso. Juan Bautista Mac-Evan se ocupó en el bienio 1738-39 en el muelle y plaza de Orán (47), después de haber realizado un destacable encargo en la villa fronteriza de Puebla de Sanabria, próxima a Portugal. Desde Argelia pasó a Cartagena de Indias.

Don Antonio Montaigu de la Pereille, reputado como excelente ingeniero militar por las obras realizadas por él en Sicilia, Campo de Gibraltar y ciudad y puerto de Cartagena, tuvo participación destacada en los trabajos de restauración y ampliación de los castillos oranés de Santa Cruz, San Felipe y San Gregorio (48), realizados entre 1732 y 1733. Menor interés reviste el paso por Orán de Joaquín Rado en 1740 (49).

No así el de su colega Antonio de Gaver, que permaneció en Orán entre 1741 y 1745. Corrió por su cuenta la parte más sustantiva de las obras de San Andrés, intervino decisivamente en la reordenación urbana de Orán —construcción de cuarteles y otros edificios públicos...— y fortificó la punta de la Mona entre esa ciudad y Mazalquivir (50). Desde Orán pasó a Cádiz, donde realizó trabajos importantes —caballerizas, cuartel de infantería, lazareto...—, si bien la impronta de su mano se halla por doquier. Por ejemplo, en Santiago de Compostela edificó el cuartel de caballería y es autor de la conocida Casa de la Veeduría en La Coruña (51).

En la segunda mitad del siglo, un crecido número de ingenieros desfilarán por una localidad en plena fiebre constructora. Así don José Muñoz, ya mencionado en relación con Mazalquivir, que entre 1750 y 1752 trabajó en Orán y sus castillos (52), después de haberlo hecho en años precedentes en las fortificaciones de Ceuta. Don Arnaldo de Hontabat permaneció en Orán por los años de 1770, dejando en la plaza una obra estimable (53). Lo mismo cabe decir de Antonio Troncoso, que por la misma época trabajó en los fuertes de San Carlos y San Miguel (54).

El ingeniero Manuel Santiesteban intervino en las obras del cuartel de caballería (55). Su colega José Dufresne —1769— en las de San Andrés (56), y González Dávila —1771— y Masdeu —1775— en proyectos varios (57). Entre todos merece mención aparte don Juan Martín Zermeno, una de las figuras señeras de la ingeniería española del siglo XVIII. Inició su carrera en Barcelona por los años de 1749 como fundidor de cañones y al año siguiente en la misma ciudad como ingeniero del puerto. La capital catalana fue en adelante su campo de acción preferido —ciudad, jardín botánico, cuarteles, polvorín central...—, pero trabajó también en otros puntos de la Península —Lérida, Rosas, Cádiz, La Coruña— y ultramar —Manila y Cavite—. En 1771 aparece en Orán comisionado para dirigir trabajos varios (58) dentro y fuera de la ciudad.

En los legajos paralelos a las fuentes cartográficas consignadas, se halla una documentación cuantiosa sobre las obras de fortificación realizadas por los españoles en Orán. De esa ingente masa documental sólo se ha publicado hasta el momento una parte mínima. El minucioso informe (59)

redactado por el ingeniero Hontabat a finales de 1772 es, junto a los ya mencionados de Vallejo (60), Roel (61) y Aramburu —éste publicado recientemente por los profesores Epalza y El Korso (62)— lo más sobresaliente de cuanto se ha dado a la prensa hasta el momento.

El grandioso conjunto de fortificaciones de Orán representó una inversión gigantesca en tiempo, esfuerzo y dinero, cuando menos de dudosa rentabilidad. La limitación de los medios disponibles, la dificultad del transporte y avituallamiento por mar, la escasez de jefes capataces, la hostilidad irreductible de la población, todo imponía una estrategia eminentemente defensiva, confiada cada vez más a las fortificaciones.

En una época en que la protección del comercio representa la razón de ser de la marina de guerra, Orán carece de todo apoyo naval por hallarse muerta mercantilmente. La presencia española en la plaza en el siglo XVIII se justifica sólo por un fenómeno de atavismo histórico y por la subsistencia del curso marítimo de Argel. Como el tiempo se encargaría de demostrar, el enclave oranés era una importante baza que se reservaban los españoles de cara a la normalización definitiva de relaciones con la Regencia argelina. En tanto no llegase ese momento se imponía retener la plaza.

Las fuertes inversiones realizadas en el Setecientos, a todas luces excesivas —construcciones monumentales en la ciudad, ampliación del sistema defensivo...— deben atribuirse al empeño personal de los monarcas de la casa de Borbón, quienes consideraron el restablecimiento de la dominación española en el plaza en 1732 como timbre de gloria de su dinastía. Pero el mantenimiento del enclave resultaba cada vez más gravoso para el Estado. Tanto por el incremento del censo demográfico local y de los efectivos allí destacados, como por ser de día en día más completa la dependencia de la plaza respecto a los suministros de la Península.

Ya no cabía, como en tiempos pasados, vivir de la depredación de la comarca. Tanto por la irrelevancia de los recursos allegables por ese conducto —en función de las necesidades de la ciudad y sus dependencias— como por haber perdido su vigor el espíritu de cruzada que en otra época sirviese para justificar devastaciones y atrocidades. Ahora se evitarán daños innecesarios e inútiles derramamientos de sangre de acuerdo con un

concepto más moderno —y humanitario— del arte de la guerra. Aún así fueron respetadas las normas estratégicas ideadas por los déspotas ilustrados, atentos a reglamentarlo todo de acuerdo con un plan racional.

Entre los argelinos, en alguna medida ocurre otro tanto. La cruzada contra el cristiano da paso a un pragmatismo mejor o peor expresado, pero siempre tangible. En el siglo XVIII se ve en el español, más que al infiel, el extranjero invasor que debe ser arrojado al mar.

Al contemplar el laberinto de fortificaciones oranesas de finales de esa centuria no deja de sorprender su magnitud para la importancia real del enclave. De otro lado, cabe preguntarse si ese entramado de castillos, fuertes y apostaderos, enlazados por una intrincada red de pasillos, corredizos, túneles y minas, era atendido por contingentes suficientes de efectivos armados.

A la reducción de tales efectivos obedeció el sistema “perpendicular” de Montalembert, consistente en aprovechar al máximo las posibilidades ofrecidas por el perfeccionamiento de la artillería, pero ahora con fines defensivos. A tal fin, sin renunciar a los gruesos muros, fosos y terraplenes, se multiplican las baterías, situadas en casamatas o cámaras abovedadas, provistas de tejados y muros de considerable espesor, por cuyas aberturas laterales disparaban los cañones.

Aunque, como apunta J. R. Western (63), nunca pudieron construirse auténticos *bunkers* por el peligro de las vibraciones y por hacerse irrespirable el aire en un recinto semicerrado al término de varios disparos consecutivos, las fortalezas dejaron paulatinamente de parecer castillos para semejarse a modernos fortines. Tal era el aspecto ofrecido todavía por las fortificaciones españolas de Orán cuarenta años después de la evacuación de la plaza en 1791, al producirse el desembarco de los franceses.

En un manual francés (64) impreso para el uso del ejército expedicionario de 1830 se dice que Mazalquivir y los cinco castillos de Orán subsistían en bastante buen estado, no obstante los daños ocasionados por los seísmos de finales del XVIII, cuya cuantificación exacta conocemos por el informe (65) remitido a Madrid en 1790 por el ingeniero Antonio Hurtao. Los españoles, antes de retirarse, volaron la red de fuertes, túneles, minas y parapetos construidos en los últimos años, sobre todo los situados

en el frente de tierra. Subsistieron empero los de Santa Teresa y Santa Ana, situados junto al mar (66).

Se trataba de impedir a toda costa que tan formidable complejo castrense pasara intacto a los argelinos. En caso contrario hubiera representado un incentivo irresistible para cualquier otra potencia marítima con intereses en el Mediterráneo. Francia o Gran Bretaña por ejemplo.

EPÍLOGO

Lo esencial del sistema defensivo español de Orán ha sobrevivido al paso del tiempo. Hoy esos castillos y fuertes conservan resonantes nombres españoles, pronunciados en castellano —Santa Cruz, Rosalcázar, San Felipe...—, algunos continúan en servicio, y el Gobierno argelino, de acuerdo con España, proyecta restaurar otros varios por estimar que son parte importante del común patrimonio histórico-cultural de ambos países.

1. E. GONZÁLEZ DE TORRES. *Chronica / Seraphica / dedicada / al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor / Don Fray Gaspar de Molina y Oriedo, del Consejo de Camara / de Su Magestad, su dignissimo Gobernador en el Real y Supremo / de Castilla... / Escrita / por el R.P.F. Ex-Lector / de Sagrada Teología. Ex-Custodio y Padre de la Santa Provincia de Castilla de la Regular Observancia, y Chronista General de toda la Religión de N. P. San Francisco. / Madrid. Imp. Herederos de Juan García Infanzón. 1737. vol. VIII. p. 138.*
2. *Ibidem.*
3. L. FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ DE LA RETANA. *España en tiempo de Felipe II (1556-1595)*. t. XIX. vol. II de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal. Madrid. 1966. pp. 65-66.
4. *Vijetoria contra moros auida en la Ciudad de Orán. / Relación digna de Memoria de la qual / se contiene el cerco y las batallas y rebatos que han auido / entre los catholicos Christianos; y los moros y turcos ene-Amigos de nuestra sancta fe catholica: las quales fueron / en Oran ocho dias del mes de abril hasta ocho / dias del mes de junio que llegó el socorro. / De como se alçó el cerco y se fue huyendo el rey de Argel; y la gran / perdicion y rota de los moros y turcos: assi de los muertos como de los captivos. Sevilla. Imp. Simón Carpintero. 1563. p. 3.*
5. Cfr. V. FERNÁNDEZ DE ASÍS. *Epistolario de Felipe II sobre asuntos de mar*. Madrid. 1943. pp. 305-306.
6. GONZÁLEZ DE TORRES. *Chronica...* VIII. p. 139.
7. Cfr. J. PAZ. *Castillos y fortalezas del Reino*. Madrid, 1914. pp. 71-72.
8. MNm. LIV-10; LIII-10 antiguo. C.
9. AGS. M.P. y D.=VII-176. VII-177. XIX-190. XIX-191.
10. *Ibidem.* V-140. V-141. XLIV-30.
11. *Ibidem.* XLVII-71.
12. *Ibidem.* XLVII-72.
13. *Ibidem.* IV-118.
14. Vid. F. de LA CUEVA. *Relación / de la / Guerra del Reino de Tremecen / y subjeccion de la mesma Ciudad. / en la cual fue y es Capitán General el muy / ilustre Sr. D. Martín de Cordona y Velasco. / Conde de Alcaudete. Señor de la Casa / de Montemayor. / Baeza. 1543. En VARIOS. Guerras de los españoles en África. 1542. 1543 y 1632. Madrid. 1881. p. 172.*
15. MORALES. *Dialogo / de las Guebras de Orán...* pp. 371-372.
16. BNm. ms. 2364= 11-66.
17. J. ARATEGUI Y SANZ. *Apuntes históricos sobre la Artillería española en la primera mitad del siglo XVI*. 2ª. ed., Madrid. 1891. p. 267; VIGON. *Historia de la Artillería española*. Madrid. vol. I. pp. 131. 138. 140.
18. Relación de las piezas de artillería que había en Orán en tiempos de Carlos V. BNm. ms. 2.000= 6-102.
19. BUCm. ms. 106-2-18. fols. 16-17.
20. *Ibidem.* fols. 6-7.
21. *Ibidem.* fol. 8.
22. *Vijetoria contra los moros auida en la Ciudad de Orán...* p. 2.
23. BUCm. ms. 106-2-19. fol. 14.
24. *Ibidem.* fol. 8.
25. H.-L. FEY. *Histoire d'Orán avant, pendant et après la domination espagnole*. Orán. 1858. p. 110.
26. Cfr. M. BODIN. *Documents sur l'histoire espagnole d'Orán. Nécessité de fortifier Orán (1575)*. BSGAO. t. LV. fasc. 198. 3ª-4ª. trim. 1 (1934). pp. 369-374.

27. Vid. inscripción conmemorativa en FEY. Op. cit., p. 109.
28. *Le / relationi / universali / Venetia*. Imp. Nicoló Polo, 1597. vol. I. p. 188.
29. AGS. G.A. legs. 2264. 2340. 2342. Vid. diseños de las fortalezas en cuestión en AGS. M.P. y D.= XVI-159. 160. 161.
30. Ibídem. M.P. y D.=VIII-71. Para Orán en los siglos XVI y XVII. aparte nuestra monografía *Plans et Cartes hispaniques de l'Algérie (XVe.-XVIIIe. siècles)*.... op. cit., véase G. SÁNCHEZ DONCEL. *Presencia de España en Orán (1509-1592)*. Toledo. 1991. y el reciente libro de J. B. VILAR y R. LOURIDO. *España y el Magreb. siglos XII y XIII*. Madrid. Mapfre. 1992. que remiten a actualizada bibliografía sobre el tema.
31. *RELACIÓN de lo acaecido en la Navegación de la Armada, que se congregó en la Bahía de Alicante, y de los gloriosos progressos del Exército del Rey, en la conquista o restauración de la Plaza de Orán, en África, en los días 29 y 30 de Junio, 1 de Julio de este año de 1732*. Madrid. Imp. Juan de Ariztia (1732). Cfr. BAUER. Op. cit., III. pp. 135-139.
32. P. de LA CUEVA. *Iconismos Encomiásticos*.... p. 25.
33. MNm. 8-12. n° 8 (C).
34. Cfr. FEY. *Histoire d'Oran*.... pp. 143-144.
35. Vid. MNm.. CI-8 (C).
36. Se menciona también el fuerte del Salvador. próximo al castillo de Mazalquivir. arruinado antes de 1732 y que ya no fue reconstruido. Vid. MNm. 8-12. n° 2.
37. AGS. M.P. y D.= IV-117.
38. Ibídem. XXIX-99.
39. Ibídem. G.M.. leg. 3470.
40. Ibídem. G.M.. leg. 3470.
41. Ibídem. M.P. y D.= IV-103.
42. Para la reconstrucción de sus microbiografías es fundamental la consulta de H. CAPEL [ad alter]. *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona. 1983.
43. Ibídem. XV-157-161; CVI-59-63.
44. Ibídem. II-45. VII-62ss. X-93. XI-31ss. XII-56ss. XX-36. XXIX-8.
45. Vid. referencias completas en fichas adjuntas.
46. AGS. M.P. y D.= XV-162-163.
47. Ibídem. XIII-51. XXIII-72-74. XXXI-15.
48. Ibídem. XI-93-95; XII-39; XVI-46. 60. 65.
49. Ibídem. V. 155.
50. Ibídem. II-34. III-31. XVII-21. XXIV-41. XXVII-46. XXXIII-13. XLIX-1.
51. Su obra cartográfica es. a su vez. importante. Aparte los mapas y planos presentados aquí. Vid. M. de EPAIZA. *Une importante carte espagnole de l'ouest algérienne en 1741*. en *RIIm*. 5 (1967). pp. 81-86.
52. AGS. M.P. y D.= V-140-141. XLIV-30.
53. Ibídem.
54. Ibídem.
55. Ibídem. XXIX-94.
56. Ibídem. XXIX-99.
57. Ibídem. IV-103. 114-116.
58. Ibídem. IV-102.
59. *Relación general de la consistencia de las Plazas de Orán y Mazalquivir. (31 décembre 1772)*. Trad. de les capitaines Cassaigne et de Louqueyssié (1851). Separata del BSCAO. t. XLIV. fasc. CI.XVII (2°-4° trim.) (1924). 88 pp.

60. J. VALLEJO, *Relación de todas las obras de fortificación y correspondientes a ellas que se han executado en las plazas de Orán, Mazalquivir y sus castillos (1734-1735)*. Trad. Pellecat. BSGAO. t. XLVI. fasc. 174 (1926). pp. 211-238.
61. Cfr. EPALZA Y VILAR. *Plans et cartes...* op. cit.
62. M. EL KORSO y M. DE EPALZA. *Oran et l'Ouest algérien au XVIIIe. siècle d'après le rapport Aramburu*. Alger. 1978.
63. *Las fuerzas armadas y el arte de la guerra. El ejército*. En vol. VIII ("Las revoluciones de América y Francia") de la *Historia del Mundo Moderno* (Cambridge). Intr. S. García Martínez. Barcelona. 1972. p. 146.
64. *Aperçu historique, statistique et topographique sur l'état d'Alger a l'usage de l'armée expéditionnaire d'Afrique avec carte, plans, vues et costumes; rédigé au Dépôt Général de la Guerre*. Paris. 1830. p. 209.
65. MNm. CI-10 (C).
66. Vid. varias noticias en M. SANTIESTEBAN DE LA PUERTA. *Sucinta descripción histórica, geográfica y política de la Regencia de Argel con una breve noticia de las expediciones que han hecho contra ella las potencias cristianas; de las causas de la presente guerra con Francia, y del número de buques, marineros y soldados que destina S. M. Cristianísima para castigar a los Argelinos*. Madrid. 1830. p. 22; C. XIMÉNEZ DE SANDOVAL y A. MADERA Y VIVERO. *Memorias sobre la Argelia*. Madrid. 1853. pp. 459-476.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

AGS: Archivo General de Simancas
BNm: Biblioteca Nacional de Madrid
BSGAO: Bulletin de la Société de Géographie et
Archéologie d'Oran

BU Cm: Biblioteca de la Universidad Complutense
(Madrid)
MNm: Museo Naval de Madrid
RI Im: Revue d'Histoire Maghrébine